

RETIRO “DISCÍPULOS, APÓSTOLES, SANTOS”

2.- UNA LLAMADA RADICAL

VER:

En el primer retiro decíamos que cristiano coherente es aquella persona que experimenta de forma profunda a Dios como Padre y vive cada día inundado de esa presencia, como eje vertebrador y punto de referencia para todas las dimensiones de su vida.

Por tanto, podemos afirmar que el encuentro con Dios en Jesucristo abarca todos los ámbitos y momentos de la vida. Ser “cristiano” no es serlo en una determinada proporción, sino serlo o querer serlo, con seriedad, las veinticuatro horas del día y todos los días de nuestra vida; serlo ante todas las situaciones y problemas –personales, familiares, afectivos, profesionales, educacionales, políticos, económicos, religiosos...– que se presentan en nuestro existir y hemos de afrontar continuamente.

Pero en muchos cristianos falta la conciencia y la experiencia de ser llamados por Dios a ser sus hijos y a vivir como tales. Tal vez, todo ello nos suene a algo muy sabido, pero poco sentido. Algo tan oído que ha perdido el profundo significado que encierra, la fuerza dinamizadora y transformadora que se desencadena cuando nos dejamos invadir por esa realidad misteriosa, pero real, del Dios que nos llama.

Y máxime cuando descubrimos que esa llamada personal y personalizadora de Dios no es para encerrarnos en nosotros, ni menos aún para dominar y controlar nuestra vida, sino para dimensionarla, enriquecerla abriéndola a su Plan de Salvación del mundo. Dios nos llama a ser sujetos responsables y hacedores, con nuestra vida cotidiana, de ese Proyecto de Salvación y de Liberación para todas las personas.

Muchos somos conscientes de haber recibido la llamada personal que Dios nos hace, de que no somos un simple número en la masa de los cristianos, sino sujetos responsables, constructores, en nuestra vida y en nuestra sociedad, del Plan Liberador de Dios. Él necesita de todos y cada uno de nosotros en esa tarea y por eso nos llama personalmente. Aunque seamos libres de cumplir o dejar de lado ese encargo, nadie podrá sustituirnos y ocupar el hueco vacante. “Lo que yo no haga, quedará eternamente por hacer”.

Para la reflexión:

- Ser “cristiano” no es serlo en una determinada proporción, sino serlo o querer serlo, con seriedad, las veinticuatro horas del día y todos los días de nuestra vida. ¿Es así en mi caso?
- ¿Tengo conciencia y experiencia de haber sido llamado por Dios? ¿Cómo lo sé? ¿A qué me compromete esa llamada?

JUZGAR:

Si preguntáramos a los cristianos qué entienden por fe, descubriríamos que, para muchos, la fe se reduce a pertenecer a la Iglesia, confesar el Credo, adherirse a la moral católica y cumplir los ritos cultuales prescritos.

Sin embargo, en las primeras comunidades nos hubieran respondido que ser cristiano es “seguir” a Jesús. Ése es el término casi técnico que emplean los primeros creyentes. Cristiano es aquél que se esfuerza por construir su vida siguiendo las huellas de Jesús. Es lo que hacen aquellos pescadores de Galilea respondiendo a su llamada.

Mt 4, 18-22:

Paseando junto al lago de Galilea, vio a dos hermanos: Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, que estaban echando la red en el lago, pues eran pescadores. Les dijo: “Veníos detrás de mí y os haré pescadores de hombres”. Ellos dejaron al instante las redes y lo siguieron. Más adelante vio a otros dos hermanos: Santiago, el de Zebedeo, y su hermano Juan, que estaban en la barca con su padre Zebedeo, reparando las redes. Los llamó también y ellos, dejando al punto la barca y a su padre, lo siguieron.

Por haberse encontrado con Jesús, estas personas empiezan a vivir un proceso que les cambiará la vida para siempre. Reciben la llamada personal del Señor que les pide que dejen allí sus redes, su trabajo, sus vidas, y se vayan con Él para seguirle.

Llama la atención la prontitud con la que los discípulos responden a la llamada de Jesús y su disponibilidad a abandonar todo lo que pueda ser un obstáculo para seguir al Maestro. El seguimiento de estos cuatro primeros discípulos es la respuesta al mensaje del Reino y un ejemplo de cómo hay que responder al anuncio y a la invitación de Jesús. No son los discípulos quienes toman la iniciativa, es Jesús el que se acerca, llama y exige una respuesta.

Quizá, después de veinte siglos, los cristianos necesitamos recordar de nuevo que el elemento esencial y primero de la fe cristiana consiste en seguir a Jesucristo. Pero hemos de entender bien este seguimiento. No se trata de una postura infantil e inmadura de imitación a la que falta espíritu creador. Seguir a Jesús es, más bien, inspirarse en Él para continuar hoy de manera responsable la obra apasionante comenzada por Él y con Él. Asumir las grandes actitudes que dieron sentido a su vida y vivirlas hoy en nuestro propio contexto histórico de manera creativa.

Considerada así, la fe cristiana adquiere otro dinamismo y otra vitalidad. Ser cristiano es ir descubriendo poco a poco el significado salvador que se encierra en Jesús, irnos identificando con las actitudes fundamentales que dieron sentido a su existencia, ir adquiriendo su estilo de vida.

Seguir a Jesús es creer lo que Él creyó, dar importancia a lo que Él se la dio, interesarnos por lo que Él se interesó, defender la causa que Él defendió, mirara a las personas como Él las miró, acercarnos a los necesitados como Él lo hizo, amar a las gentes como Él las amó, confiar en el Padre como Él confió, enfrentarnos a la vida con la esperanza con que Él se enfrentó.

Los primeros creyentes entendieron la vida cristiana como una aventura constante de renovación, un irse haciendo “hombres nuevos”. Si la fe consiste en seguir a Jesús, hemos de preguntarnos todos sinceramente a quién seguimos en nuestra vida, qué mensajes escuchamos, a qué líderes nos adherimos, qué causas defendemos y a qué intereses obedecemos, al mismo tiempo que pretendemos ser cristianos, es decir, “seguidores” de Jesucristo.

Para la reflexión:

- Llama la atención la prontitud con la que los discípulos responden a la llamada de Jesús y su disponibilidad a abandonar todo lo que pueda ser un obstáculo para seguir al Maestro. ¿A qué llamadas de Dios respondo con prontitud, y a cuáles voy dando largas? ¿Qué obstáculos descubro en mi vida, que me impiden seguir al Maestro?
- Seguir a Jesús es creer lo que Él creyó, dar importancia a lo que Él se la dio, interesarnos por lo que Él se interesó, defender la causa que Él defendió, mirara a las personas como Él las miró, acercarnos a los necesitados como Él lo hizo, amar a las gentes como Él las amó, confiar en el Padre como Él confió, enfrentarnos a la vida con la esperanza con que Él se enfrentó. Según esto, ¿cómo evalúo mi seguimiento? ¿Qué fortalezas y debilidades descubro?

La llamada de Jesús se da a cada instante, en cada situación de nuestra vida. Él nos pide seguirle a Él o seguir nuestros poderes, consumismos, perezas... Jesús llama y no tiembla la tierra, no hay relámpagos ni fuegos artificiales, aparentemente no cambia nada y, sin embargo, lo cambia todo.

Cuando Cristo interviene en nuestra vida, nos ofrece la posibilidad de no depender del pasado, sino del futuro. Jesús no restaura nuestro pasado; su especialidad no es la restauración, sino la creación. Jesús nos rehace un futuro. Mucha gente es vieja no por el pasado, sino por el futuro: tienen ante sí un futuro ya gastado, apagado, marchito antes de florecer, consumido antes de ser vivido, sin novedad, muy previsible. Jesús nos ofrece un futuro nunca visto antes, en el que deberemos adentrarnos. Él no sabe qué hacer con nuestro pasado, lo que necesita es nuestra respuesta para hacernos marchar hacia el futuro.

Tampoco tiene necesidad de nuestra experiencia, sino de nuestra inexperiencia; para seguirle, no hay que cargar, sino abandonar. No nos dice: “Tráeme aquí tus cosas” sino “deja ahí todo”. Si nos presentamos ante Él cargados con el equipamiento propio de la mentalidad mundana, no servimos para el Reino.

Nuestro objetivo será quererle conocer mejor como hicieron aquellos pescadores, querer tener más intimidad con Él como tantos a lo largo de la historia han entendido que era la clave para la auténtica felicidad, quererle ofrecer incondicionalmente lo que somos y tenemos porque hemos descubierto que es el tesoro más grande que podemos tener...

Jesús nos llama, nos invita a cada uno, para que salgamos de nuestro yo cerrado hacia la libertad, no para encerrarnos con la obsesión del propio perfeccionamiento. Jesús no invita a su seguimiento con un programa delimitado y concreto, sino que es un llamamiento que queda siempre abierto a muchas posibilidades. El seguimiento no admite condiciones, pero se trata de la decisión más gozosa y asombrosa que pueda tomar una persona.

El seguimiento supone renunciar a la fama, a la propia seguridad, y también estar dispuesto a terminar la vida como la terminó Él: con la muerte de cruz. Todo esto no como un deseo de mortificación ascética y de renuncia para fortalecer la voluntad, sino por el hecho de asumir en la vida la misma orientación que asumió Jesús: la defensa de la conciencia y libertad de la persona, la defensa del débil y el marginado, la defensa del oprimido. El vivir al estilo de Jesús lleva al enfrentamiento con los poderes de este mundo.

En definitiva, el seguidor de Jesús es el creyente que se enamora y se deja seducir por Jesucristo, por lo tanto vive una interpresencia con Él que lo invade todo y como consecuencia vive entregado plenamente a la causa del Señor.

Para la reflexión:

- Medito este párrafo: Cuando Cristo interviene en nuestra vida, nos ofrece la posibilidad de no depender del pasado, sino del futuro. Jesús no restaura nuestro pasado; su especialidad no es la restauración, sino la creación. Jesús nos rehace un futuro. Mucha gente es vieja no por el pasado, sino por el futuro: tienen ante sí un futuro ya gastado, apagado, marchito antes de florecer, consumido antes de ser vivido, sin novedad, muy previsible. Jesús nos ofrece un futuro nunca visto antes, en el que deberemos adentrarnos. Él no sabe qué hacer con nuestro pasado, lo que necesita es nuestra respuesta para hacernos marchar hacia el futuro. ¿En qué me siento cuestionado?
- Medito este párrafo: El seguimiento supone renunciar a la fama, a la propia seguridad, y también estar dispuesto a terminar la vida como la terminó Él: con la muerte de cruz. El seguidor de Jesús es el creyente que se enamora y se deja seducir por Jesucristo, por lo tanto vive una interpresencia con Él que lo invade todo y como consecuencia vive entregado plenamente a la causa del Señor. ¿Es así en mi caso?

ACTUAR:

Muchos hoy siguen pensando que eso de la “llamada de Dios” es algo reservado a curas y monjas. Y con poco que te pares a pensar en tu propia experiencia de Dios verás que no es así: Él te creó, pensó en ti para hacerte su amigo, te llamó de las tinieblas a la luz viniendo a vivir a tu lado, te llama a que le sigas. ¿Vas a quedarte quieto? Muchos tienen miedo a que se les pida demasiado, pero la motivación para responder a su llamada hay que ponerla confiando en el gozo y la alegría que tiene preparados para cada uno.

Mira a Jesús... te está llamando a ti. Piensas que no te lo mereces, que no das la talla, que otros podrían hacerlo mejor que tú, que eres indigno del Señor. Quizá nunca te lo has planteado, a lo mejor no es tu mejor momento... Pero, porque te quiere con locura, se ha fijado en ti, ha puesto en ti su mirada y hoy te llama: ¡ahora mismo!

La pregunta que nos surge es cómo seguir nosotros a Jesús en este siglo XXI, en el seno de este mundo que solemos llamar occidental y desarrollado al que pertenecemos, y no desistir en el intento. El estilo de vida que se ha extendido de forma predominante por Occidente no favorece que las personas se muestren receptivas a la propuesta de Jesucristo. También perciben que el cristianismo requiere un compromiso serio, sostenido y continuado, y sobre todo llevar una vida de acuerdo a unos valores. Esta propuesta no encaja con un estilo de vida hedonista, egoísta, consumista, instalado, en el que la máxima aspiración es disfrutar de la vida mediante una situación económica que nos permita poseer las cosas materiales que deseamos.

Se nos ha educado para fundamentar nuestra “felicidad” en un bienestar excesivamente material y consumista. El ser humano vive ahora encadenado por sus deseos de poseer, pero en este caso no es consciente de las cadenas que le retienen. Y claro, “la fe cristiana viene y apaga la música de la fiesta”, ya que nos habla de compartir, de vivir en comunión, de poner las manos y el corazón en los pobres, en quienes más necesitan de nosotros... y esto nos echa para atrás.

Pero Jesús sigue llamando con la misma prioridad y radicalidad que en los primeros tiempos. Tal vez sea esa radicalidad la que tenemos que rescatar. La mediocridad y el miedo nos matan. ¿No será que la Iglesia ha perdido su fuerza irradiadora no porque exige demasiado, sino en el fondo porque exige muy poco, es decir, por presentar con poca claridad las prioridades del Evangelio?

Radical significa perteneciente o relativo al a raíz. Y nuestra raíz es Jesús. No es una invitación al rigorismo sino a volver a nuestra raíz; el rigorismo procede más bien del miedo, mientras que la radicalidad nace de la libertad de la llamada de Jesucristo: *“Venid detrás de mí y os haré pescadores de hombres”*.

La llamada a la radicalidad implica hoy un compromiso. No es evangélico que el seguidor de Jesús se encierre en sí mismo, en su familia, en su pequeño mundo... y se desentienda del resto de la humanidad. Tampoco es evangélico que miremos tan lejos que no veamos a las personas que tenemos cerca. Y menos evangélico es aún el no mirar, el no querer ver ni de cerca ni de lejos.

La radicalidad es compatible con la debilidad, no con la falta de compromiso. En este mundo que nos llama a las rebajas, a lo “light” (como vimos en el primer retiro)... es preciso mantener la radicalidad evangélica. Si aguamos la radicalidad o abaratamos la gracia, estamos traicionando la esencia del Evangelio y corremos el riesgo de convertir el cristianismo en algo superfluo.

Para la reflexión:

- Medito este párrafo: Mira a Jesús... te está llamando a ti. Piensas que no te lo mereces, que no das la talla, que otros podrían hacerlo mejor que tú, que eres indigno del Señor. Quizá nunca te lo has planteado, a lo mejor no es tu mejor momento... Pero, porque te quiere con locura, se ha fijado en ti, ha puesto en ti su mirada y hoy te llama: ¡ahora mismo!
- Medito esta pregunta: ¿No será que la Iglesia ha perdido su fuerza irradiadora no porque exige demasiado, sino en el fondo porque exige muy poco, es decir, por presentar con poca claridad las prioridades del Evangelio? ¿Qué respuesta doy yo a esta pregunta?
- Radical significa perteneciente o relativo al a raíz. Y nuestra raíz es Jesús. No es una invitación al rigorismo sino a volver a nuestra raíz; el rigorismo procede más bien del miedo, mientras que la radicalidad nace de la libertad de la llamada de Jesucristo: *“Veníos detrás de mí y os haré pescadores de hombres”*. Según esto, ¿soy un cristiano “radical”? ¿Por qué?
- En este mundo que nos llama a las rebajas, a lo “light” (como vimos en el primer retiro)... es preciso mantener la radicalidad evangélica. Si aguamos la radicalidad o abaratamos la gracia, estamos traicionando la esencia del Evangelio y corremos el riesgo de convertir el cristianismo en algo superfluo. ¿Qué voy a hacer para mantener y aumentar la radicalidad evangélica?

RETIRO “DISCÍPULOS, APÓSTOLES, SANTOS”

2.- UNA LLAMADA RADICAL.

VER:

- Ser “cristiano” no es serlo en una determinada proporción, sino serlo o querer serlo, con seriedad, las veinticuatro horas del día y todos los días de nuestra vida. ¿Es así en mi caso?
- ¿Tengo conciencia y experiencia de haber sido llamado por Dios? ¿Cómo lo sé? ¿A qué me compromete esa llamada?

JUZGAR: Mt 4, 18-22:

Paseando junto al lago de Galilea, vio a dos hermanos: Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, que estaban echando la red en el lago, pues eran pescadores. Les dijo: “Veníos detrás de mí y os haré pescadores de hombres”. Ellos dejaron al instante las redes y lo siguieron. Más adelante vio a otros dos hermanos: Santiago, el de Zebedeo, y su hermano Juan, que estaban en la barca con su padre Zebedeo, reparando las redes. Los llamó también y ellos, dejando al punto la barca y a su padre, lo siguieron.

- Llama la atención la prontitud con la que los discípulos responden a la llamada de Jesús y su disponibilidad a abandonar todo lo que pueda ser un obstáculo para seguir al Maestro. ¿A qué llamadas de Dios respondo con prontitud, y a cuáles voy dando largas? ¿Qué obstáculos descubro en mi vida, que me impiden seguir al Maestro?
- Seguir a Jesús es creer lo que Él creyó, dar importancia a lo que Él se la dio, interesarnos por lo que Él se interesó, defender la causa que Él defendió, mirara a las personas como Él las miró, acercarnos a los necesitados como Él lo hizo, amar a las gentes como Él las amó, confiar en el Padre como Él confió, enfrentarnos a la vida con la esperanza con que Él se enfrentó. Según esto, ¿cómo evalúo mi seguimiento? ¿Qué fortalezas y debilidades descubro?
- Medito este párrafo: Cuando Cristo interviene en nuestra vida, nos ofrece la posibilidad de no depender del pasado, sino del futuro. Jesús no restaura nuestro pasado; su especialidad no es la restauración, sino la creación. Jesús nos rehace un futuro. Mucha gente es vieja no por el pasado, sino por el futuro: tienen ante sí un futuro ya gastado, apagado, marchito antes de florecer, consumido antes de ser vivido, sin novedad, muy previsible. Jesús nos ofrece un futuro nunca visto antes, en el que deberemos adentrarnos. Él no sabe qué hacer con nuestro pasado, lo que necesita es nuestra respuesta para hacernos marchar hacia el futuro. ¿En qué me siento cuestionado?
- Medito este párrafo: El seguimiento supone renunciar a la fama, a la propia seguridad, y también estar dispuesto a terminar la vida como la terminó Él: con la muerte de cruz. El seguidor de Jesús es el creyente que se enamora y se deja seducir por Jesucristo, por lo tanto vive una interpresencia con Él que lo invade todo y como consecuencia vive entregado plenamente a la causa del Señor. ¿Es así en mi caso?

ACTUAR:

- Medito este párrafo: Mira a Jesús... te está llamando a ti. Piensas que no te lo mereces, que no das la talla, que otros podrían hacerlo mejor que tú, que eres indigno del Señor. Quizá nunca te lo has planteado, a lo mejor no es tu mejor momento... Pero, porque te quiere con locura, se ha fijado en ti, ha puesto en ti su mirada y hoy te llama: ¡ahora mismo!
- Medito esta pregunta: ¿No será que la Iglesia ha perdido su fuerza irradiadora no porque exige demasiado, sino en el fondo porque exige muy poco, es decir, por presentar con poca claridad las prioridades del Evangelio? ¿Qué respuesta doy yo a esta pregunta?
- Radical significa perteneciente o relativo al a raíz. Y nuestra raíz es Jesús. No es una invitación al rigorismo sino a volver a nuestra raíz; el rigorismo procede más bien del miedo, mientras que la radicalidad nace de la libertad de la llamada de Jesucristo: “Veníos detrás de mí y os haré pescadores de hombres”. Según esto, ¿soy un cristiano “radical”? ¿Por qué?
- En este mundo que nos llama a las rebajas, a lo “light” (como vimos en el primer retiro)... es preciso mantener la radicalidad evangélica. Si aguamos la radicalidad o abaratamos la gracia, estamos traicionando la esencia del Evangelio y corremos el riesgo de convertir el cristianismo en algo superfluo. ¿Qué voy a hacer para mantener y aumentar la radicalidad evangélica?

